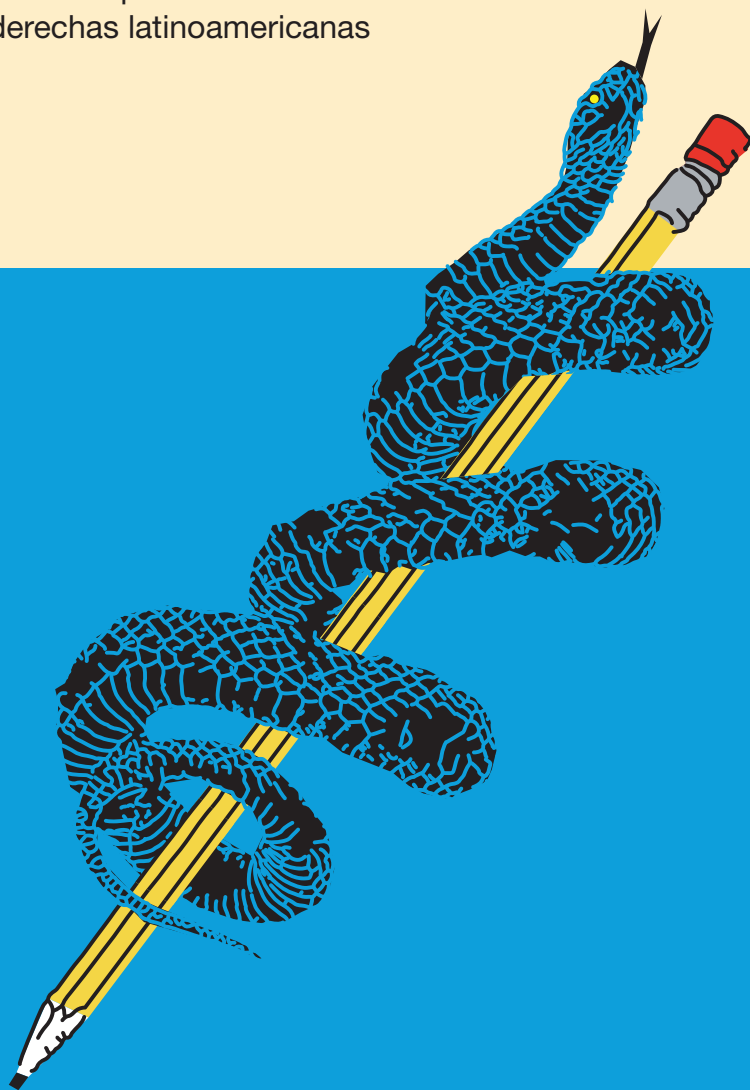


Adriana Puiggrós

Por una defensa de la educación pública

Argumentos para discutir con las derechas latinoamericanas



Índice

Introducción	9
Parte I. Naturaleza, experiencia, herencia	13
1. Platón, Rousseau, Dewey	17
2. Los usos de la “experiencia”	29
3. De la experiencia a la herencia	45
Parte II. Ciudadanía, política y diálogo (o un poco de teoría)	57
4. El (otro) ciudadano global	61
5. Freire, Dewey, Nietzsche	73
6. El Programa pregunta	87
Parte III. Las tecnologías de selección	99
7. Fisuras fundantes	103
8. Los mecanismos históricos de selección	113
9. Vínculo pedagógico, cuerpos, pandemia	125
Parte IV. ¿De dónde venimos los latinoamericanos?	139
10. Disputas sobre las representaciones del sujeto de la educación latinoamericana	143
11. La Escuela Nueva, el “Manifiesto”, Warisata	155
12. Saberes, conocimientos y competencias	167
Parte V. ¿Hacia dónde vamos?	185
13. “Nueva normalidad” y posverdades	189
14. El derecho universal a la educación	199
15. ¿La educación aporta al escepticismo o a la esperanza?	211
Palabras finales	227
Bibliografía	231

Introducción

Durante los últimos años, las actividades que desarrollé con mayor frecuencia e intensidad fueron clases, encuentros, paneles y conferencias virtuales, que en conjunto dieron lugar a este libro. Como muchas otras personas, vivo con asombro las transformaciones de las distancias y los tiempos, siento vértigo ante sus dimensiones, así como ante los efectos sobre la educación. Creo que estos últimos solo pueden abordarse en una perspectiva histórica, que supere el presente y se abra a la búsqueda de “inéditos viables” (Freire, 2021), de otros futuros posibles.

Las fuerzas democrático-nacionalistas populares (DNP) tienen experiencias, conocimientos y proyectos acumulados, pero deben enfrentar, al mismo tiempo, el desgaste del sistema educativo moderno, sus resistencias a lo nuevo y el avasallante avance del mercado. Se requiere mucho trabajo de producción pedagógica, teórica y política para ofrecer una alternativa democrático-popular comprensible, consistente y atractiva, que amplios sectores sociales reconozcan en las imágenes de su propia historia y con la cual se puedan identificar.

Volví, entonces, a la biblioteca en búsqueda de saberes perdidos, experiencias que desconocía y consideraciones pedagógicas que ignoraba. La biblioteca era ahora inmensa y hasta aterradora, porque, si los libros de mis estantes constituyen una selección que me protege, internet facilita de manera caótica y abrumadora un volumen inédito de información, que abona el clima generalizado de pérdida de referentes, característico de nuestra época, en el cual se destaca la crisis de la pedagogía.

Sin embargo, encuentro en la historia de la educación latinoamericana el sustento para arriesgar algún análisis y me detendré en los usos de la categoría “experiencia”, que adquiere lazos decisivos con la historia. Las implicancias de la pandemia de covid-19 estarán

presentes en este libro, puesto que los efectos que produjo todavía tienen consecuencias en la educación de nuestra región, la más desigual del mundo.

La pandemia encontró una humanidad dividida en la cual los ricos respondieron con la lógica del capital –más específicamente, del capitalismo neoliberal o tecnocapitalismo– y descubrieron en la educación un campo fértil para el avance del mercado. En tanto, en toda América Latina, una acuciante deuda educativa se alimenta de la desigualdad social, lo que obstaculiza las trayectorias de las niñas y niños, adolescentes y personas adultas previstas en el formato del sistema educativo, y provoca su desafiliación de las instituciones. Los avances en la superación de la injusticia educativa por parte de gobiernos democráticos enfrentan fuerzas de signo contrario que apuestan contra la educación pública y popular. La educación latinoamericana ya estaba debilitada y retrasada en la realización de cambios que se requerían de manera inminente cuando recibió la pandemia.

Abriré interrogantes sobre los Programas educativos actualmente en pugna en América Latina. Al respecto, usaré Programa (con mayúscula) a diferencia del programa escolar o universitario. El Programa como posible superficie política del “habitus” (Bourdieu, 1979: 135); como anhelos, disposiciones, voluntades, criterios racionales, de diversos sectores sociales, referidos a la educación de las nuevas generaciones, de manera general, o formulado en acuerdos políticos y político-educativos. Entiendo que se trata de introducirnos en un ámbito cuyos sentidos se contradicen una y otra vez según el enfoque disciplinario, e incluso político, pero de eso se trata. No vamos a encontrar relaciones unívocas, aunque sí inquietantes parentescos, entre los Programas anhelados y supuestamente decididos por las sociedades para las futuras generaciones y los esquemas que determinan el sentir, valorar, pensar y obrar.

Desde el punto de vista de la educación, la alternativa del fin de la historia es teóricamente imposible, aunque hay situaciones en las que se pretende educar para la muerte, lo que es un contrasentido. Al reflexionar sobre este problema, vuelvo una y otra vez a las fuentes originarias de la pedagogía democrática y/o popular latinoamericana; encuentro a Simón Rodríguez, a Mariano Moreno, a Juan José Castelli, leyendo a Rousseau y preguntándose, en su tiempo, cuáles son los fines de la educación. Recurro también a autores y

corrientes que han influido en las experiencias democráticas latinoamericanas en el siglo pasado, como el pragmatismo, la experiencia vasconcelista, los nacionalismos populares, la Escuela Activa y la educación popular freireana.

Desde las cuevas del teletrabajo solitario, bajo la presión del coronavirus, y en el difícil trabajo cotidiano habitual que se ha retomado, muchos docentes y estudiantes deben haberse cuestionado los objetivos del enorme esfuerzo que se les demanda. Es probable que pocos hayan tenido la oportunidad de volcar su preocupación en una reflexión colectiva. El pragmatismo neoliberal no legitima tiempos usados para pensar. Solo mide y pesa las ideas, para desechar sin piedad las que no le dan rédito. La filosofía de la educación está fuera de moda, la formación docente ha perdido su norte; ha corrido mucha agua desde que Rodríguez aconsejara a su discípulo Simón Bolívar estudiar a los filósofos. Don Simón fue llamado “el Sócrates venezolano”. El discípulo recurrió a las fuentes para interpretar el sentido de la lucha que se sentía compelido a encabezar. El 20 de mayo de 1825 recordaba sus días parisinos al escribir: “Ciertamente que no aprendí la filosofía de Aristóteles... pero he estudiado a Locke, Condillac, D’Alembert, Helvetius... todos los clásicos de la Antigüedad, así filósofos” (Rodríguez, 1990 [1828]: XI). En 1828, Simón Rodríguez publicaba en Arequipa su libro *Sociedades americanas. Cómo serán y cómo podrán ser en los siglos venideros. En esto han de pensar los americanos y no en pelear unos con otros*. Este texto pretende instar a los educadores a permitirse una actitud reflexiva, dejar que su pensamiento vague en búsqueda de sentidos, para poder asumir posturas propias. Actualmente, desde casi todas las corrientes contemporáneas se les exige una actitud crítica, pero ese término ha perdido profundidad y se ha desligado de su necesaria consecuencia, que es elegir, decidir, comprometerse, hacer. Es probable que debamos reorientar la discusión hacia los sentidos y las finalidades que nos convocan a educar y a revalorizar la pedagogía.

Volver a leer a los clásicos, a los iluministas que inspiraron a fundadores de nuestras naciones, a los grandes educadores latinoamericanos del siglo XX, no es incompatible con el registro de las culturas aborígenes, la crítica al racionalismo occidental y al europeísmo o a la denuncia de la infiltración yancófila en nuestra cultura. La educación tiene que ayudar al análisis y procesamiento de las grandes polémicas contemporáneas para alimentar la cultura de nuestro

pueblo. ¿Cuál cultura?, podrá preguntar hoy un estudiante con todo derecho. El maestro tendrá que referirse a situaciones paradójales, a concepciones en pugna; tendrá que elegir algún relato en el cual apoyarse, a la vez que abrir ante sus alumnos el espectro de opiniones que cohabitan nuestras sociedades. Estas no nacieron “impolutas” (Lichtmajer, 2021: 19), y es el análisis de sus fisuras fundantes, no su negación, lo que puede facilitar a las jóvenes generaciones hacer una nueva historia. Recuérdense que Eric Hobsbawm (1998: 576) advirtió, al final de su vida, que la historia “no ayuda a hacer profecías” y que “esperanzas o temores no son predicciones”, pero que, pese a la opacidad de perspectivas con que terminaba el siglo XX, las fuerzas históricas que lo configuraron continuaban actuando. Lo mismo podemos decir respecto del siglo actual, en particular de la educación. Ello no significa que debamos someternos a la determinación de los hechos presentes y futuros por un pasado que ha llevado hasta sus límites la posibilidad de autodestrucción de la vida humana. Confieso que creo que en la educación aún hay secretos e incógnitas que pueden concurrir a mejorar el curso de la historia.

* * *

Agradezco a la licenciada Merlina Sessano Jiménez, mi nieta, la organización de las pláticas que dieron origen a este libro; a los compañeros de la Cátedra Libre Appeal de la Universidad Nacional de La Plata, por los aportes a este texto; a los colegas de Appeal Latinoamericana, invaluable espacio de discusión y confraternidad, a su directora e impulsora desde la UNAM, Marcela Gómez Sollano, por su puntual lectura y sugerencias; a Raquel San Martín y el equipo que participó en la elaboración de este libro en la editorial Siglo XXI, de cuyo acto inaugural tuve el placer de participar junto a mi padre en la Ciudad de México, en 1965; también, a mi marido, Jorge Luis Bernetti, por el amor y la sabiduría con los que aporta siempre a mis trabajos.